

M. FRAIJO, *A vueltas con la religión*, Ed, Estella, 1988, 437 pp., 3.500 pts.

MARÍA JOSÉ ABELLA MAESO

Desde muy diversos ámbitos nos llega hoy noticia de la progresiva secularización sufrida por las sociedades occidentales de finales del siglo XX. Atrás han quedado las grandes causas por las que han luchado, unas veces de la mano, otras en franca oposición la teología y la filosofía. Se impone lo fragmentario, lo puntual, lo episódico. La humanidad ha dejado de ser la meta del progreso, mientras las viejas y transitadas sendas de lo espiritual han cedido el paso a las autopistas de la información, del frenesí consumista y de la vorágine del mundo actual.

A medio camino entre la teología y la filosofía, *A vueltas con la religión* constituye una llamada a la serenidad, a la reflexión sosegada sobre el presente, pero también sobre el pasado. Convencido de que no es posible, ni recomendable, prescindir de las voces del pasado, de que es necesario rastrear las huellas dejadas en el presente por quienes nos precedieron, el autor de *A vueltas con la religión*, M. Fraijó, nos conmina a resucitar lo sencillo, lo genuino, lo no contaminado. No está solo. Lo acompañan Benjamin, Bloch, Unamuno y otros grandes espíritus de todos los tiempos.

En constante diálogo con teólogos y filósofos, con creyentes y no creyentes,

M. Fraijó realiza, con un estilo sencillo y asequible, no por ello menos riguroso, uno de los mejores intentos de llevar de nuevo a la plaza pública, al ágora, la tradición cristiana de la que provenimos. Una tradición cuya nota de identidad ha sido el difícil maridaje entre la racionalidad y la convicción, entre Atenas y Jerusalén. El cristianismo surge como doctrina de redención y salvación, no como sistema abstracto y teórico de explicación de la realidad; de ahí que, al entrar en contacto con el pensamiento griego dominante en occidente, se viera enfrentado a la necesidad de conjugar la verdad revelada de que era portador con la verdad natural lentamente conquistada por la razón.

Siempre con la mirada puesta en la defensa de la fe, los primeros pensadores cristianos se apropiaron del discurso propio del universo filosófico, unas veces para condenarlo, otras con el propósito de absorberlo en la religión, y otras, en fin, como fundamento de la apologética cristiana. Y es que, señala M. Fraijó, la religión no proporciona garantías ni certezas al creyente. La religión, por naturaleza, no puede contar más que con «pobres apoyos externos». No es extraño, entonces, que la duda se abra paso con cierta facilidad y que sea

preciso recurrir a la argumentación. Sin embargo, esa fragilidad de la convicción religiosa es, para M. Fraijó, la mejor garantía contra el fanatismo, el fundamentalismo y la intolerancia.

En el ámbito de la experiencia religiosa se dilucidan importantes cuestiones de índole humana que no deben ser confiadas a la esfera de lo puramente emotivo, pero que tampoco deben limitarse al estrecho marco de la razón científica, analítica o especulativa, a riesgo de fracasar ante las grandes preguntas planteadas por el hombre. Se hace precisa una alianza, ya no competitiva, entre Atenas y Jerusalén que permita al cristianismo mostrar su mejor perfil, el del consenso y la esperanza, la comunicación y la no frustración.

M. Fraijó apuesta por una espiritualidad completa, no escindida, que dé cabida a la razón y al progreso —tan alabados en la modernidad—, pero también a la experiencia personal y directa. Como Weber, Fraijó advierte del riesgo que supone renunciar a lo subjetivo, a la experiencia vital acumulada por personas, pueblos y culturas; denuncia el peligro de confundir «progreso» y «humanidad»; de sofocar, e incluso eliminar, la variedad y riqueza de la capacidad creadora del hombre.

Mucho se criticó en su día la famosa frase con que Unamuno rechazaba el espíritu tecnócrata que se había apoderado de Europa: ¡Qué inventen ellos!, exclamaba en respuesta a quienes veían en la razón científico-técnica el único remedio a los males de la humanidad.

No se trataba de un capricho del excéntrico Unamuno, del hombre al que Ortega calificó de energúmeno. Unamuno era consciente del poder homogenizador del utilitarismo y de la funcionalidad científicas, de su capacidad para ahogar la espontaneidad y de convertir al hombre en un autómatas al que se le niega el derecho a actuar con el corazón, y no sólo con la cabeza. Y es que, el cientisimo amenaza con destruir la riqueza y variedad de la capacidad creadora del hombre, necesaria, entre otras cosas, para dar sentido a la existencia, para potenciar la afectividad y permitir la convivencia, para garantizar la comunidad entre los hombres.

El ser humano es una realidad integral en la que exclusivamente por motivos metodológicos es admisible aislar facultades y funciones. El hombre es un ser abierto al mundo; en él, lo racional, lo volitivo, lo sentimental o afectivo y lo sensual colaboran al desarrollo de la personalidad, al tiempo que aseguran la subsistencia individual y colectiva. Y dado que tanto la personalidad como la subsistencia dependen de la relación que, a todos los niveles, establezcamos con los otros, así como de la atención que prestemos a las respuestas ideadas por los que nos precedieron, es preciso evitar relegar a la insignificancia el recuerdo, las tradiciones y la herencia espiritual. Así lo vio Benjamin, de quien M. Fraijó opina que percibió, como pocos, que la modernidad generaba hombres unidimensionales al postergar la espiritualidad humana al ámbito de lo irracional afectivo.

Pero para Fraijó, la modernidad no anuló a la religión. Más bien, mantuvo con ella una relación de mutuo entendimiento. A pesar de las críticas que la modernidad dirigió contra la religión, el cristianismo constituye el armazón ideológico sobre el que se construyó el fabuloso y liberador sueño de la modernidad. Por su parte, la modernidad atenuó los dañinos efectos de la superstición, el fanatismo y la intolerancia cristianos, desmontó ingenuos e interesados discursos, nos dispensó de seguir cargando con el pesado lastre del acatamiento y la sumisión a la autoridad y el precepto. Al situar en el centro de su reflexión al cristianismo, acentuó su dignidad y vigencia.

Técnico amable y cariñoso de esa fe, M. Fraijó declara su intención, no de defender, como Pannenberg, la plausibilidad del cristianismo, sí de resaltar la fecundidad de la pregunta teológico-filosófica en un mundo violento, agresivo, antagónico y competitivo. La no violencia sigue siendo sólo una meta, una utopía con la que hemos soñado en todos los tiempos. Los mejores esfuerzos de la filosofía y la teología se volcaron, incansables, sobre el difícil enigma del mal. Los resultados nunca fueron los apetecidos. Pero, aunque se ha acusado al cristianismo de conceder un cheque en blanco a Dios, M. Fraijó no considera que sea obligatorio para el cristiano hablar a Dios, ni de El, desde la sumisión cuando se aborda el problema del mal. Cabe la resistencia. Cabe la rebelión. Cabe la esperanza de que el mal no tenga la última palabra. La pregunta por el dolor y el sufrimiento de las víctimas

no es ajena a una tradición bíblica que se niega a pasar página y a olvidar a quienes se quedaron en el camino. El cristianismo atesora la conciencia de un pasado injusto plagado de historias de humillación, miseria y servidumbre. Conserva la memoria en un mundo reacio a recodar y, por eso mismo, en continuo peligro de reproducir los horrores del pasado.

Tras muchos avatares históricos, se impone hoy una reflexión serena y racional, que no racionalista, sobre la religión y sobre el papel que ésta puede desempeñar en una cultura cordial que arbitre medios limpios, civilizados, de acuerdo, que eliminen la violencia. La paz, piensa Fraijó, pasa por el respeto a la diversidad del otro, por el generoso reconocimiento de los derechos de muchos de los pueblos que hoy viven en la indigencia o que son expulsados de su territorio por la ambición desmedida de los más fuertes o mejor armados. Y en esto, a pesar de los errores cometidos, la religión tiene mucho que decir; como tiene mucho que decir respecto a la belleza, la bondad o a las preguntas últimas que con tanta profundidad y pasión abordaron los místicos.

Aunque algunos autores consideren que la religión no otorga valor a lo mundano, son muchos los que han reconocido, incluso desde el ateísmo, el compromiso de la religión con la historia. Es el caso de Bloch, Benjamin o Kolakowski. El proceso de marginación de lo sensible se inicia enseguida en la tradición cristiana. Lo que, naturalmente, tuvo sus

repercusiones en el arte. También en la visión de la vida como una constante aproximación a la espiritualidad descarnada propia de la mística. A la cual, por cierto, dedica M. Fraijó un capítulo por considerar que no aludir a la más alta manifestación del ideal religioso sería como visitar un museo «al que le han robado sus mejores cuadros».

La cuestión es que tanto el arte como la mística han contribuido al mantenimiento de la experiencia religiosa. Es más, Unamuno, que reprochaba a la mística su peligrosa renuncia a todo lo vital, a lo terrenal, reconocía el mérito de aquellos místicos San Juan de la Cruz, Santa Teresa o Francisco de Asís cuya relación con el cielo había intensificado la obra en pro de lo secular, de lo humano. El espíritu rebelde, solidario, fraternal, el sueño de un futuro más justo y la sensibilidad para con las víctimas son realidades en absoluto ajenas al cristianismo, a la religión en general. Tampoco a la ética.

Ética y religión, sostiene M. Fraijó, han de preocuparse por dotar de sentido a la vida, por crear un espacio vital en el que la esperanza tenga cabida y el ideal humano pueda realizarse. La relación entre ambas, no obstante, ha pasado por todo tipo de situaciones. Hubo momentos en que se llevaron bien, periodos en que la religión subyugó a la ética, etapas en que se intentó reducir la religión a la ética y días en que se distanciaron.

En occidente, la ética se independizó de la religión en el siglo XVII, pero siguen existiendo muchas sociedades en

que la ética ha de someterse a los dictados de la religión. Juntas o separadas, para M. Fraijó es evidente que se necesitan, ya que la ética aporta sobriedad a las ilusiones religiosas, al tiempo que la religión proporciona esperanzas, contra toda esperanza, para una ética de la resistencia y la rebelión.

M. Horkheimer consideraba que la teología está detrás de todo actuar realmente humano. Adorno, que el pensamiento no puede renunciar a la transcendencia; su meta sería la constitución de un mundo en que se erradicara el sufrimiento y se hiciera justicia a las víctimas. Es lo que Bloch denominó *la patria de la identidad*. Mas, como el fracaso o el éxito pueden estar a la vuelta de la esquina, hay que contar siempre con la posible frustración de nuestros proyectos y esperanzas. De ahí que J. Muguerza lleve a sus extremos la sobriedad ética y recomiende fundamentar la ética «al margen de cualquier perspectiva de éxito», incluidas las alternativas basadas en la transcendencia.

En cualquier caso, ética y religión tienen ante sí un mismo reto: aliviar el sufrimiento humano apelando a la solidaridad y al ideal de que la injusticia no tenga la última palabra. Tarea para la cual se hace necesario el diálogo, el respeto, la cortesía, la confianza y la simpatía hacia todos aquellos que piensan y sienten de forma distinta a la nuestra.

En este espíritu de apertura hacia todo lo humano que caracteriza *A vueltas con la religión*, M. Fraijó cierra el libro evocando las distintas visiones

sobre el hecho religioso de cinco maestros y amigos (A. Fierro, W. Pannenberg, H. Küng, J.G. Caffarena, J.L. López Aranguren). La confrontación y el diálogo con ellos supone un ejercicio de entendimiento, compren-

sión y tolerancia, poco frecuente, hacia el pensamiento de quienes han pasado ya a formar parte de la tradición en que hunde sus raíces lo temporal y pasajero: nuestro presente, pero también nuestro futuro.